

mites del progreso humano, como es necesario conocer los límites de la humana inteligencia. Desvariado llamaríais á quien se propusiese burlar el principio de contradicción que reina en los cielos y en la tierra. Y desvariado debe llamarse al que intenta destruir el Estado en sí, órgano necesario de la sociedad, y al que intenta destruir la propiedad

individual, necesaria dilatación de nuestro ser. Cuando tan lento es, y tan penoso el trabajo de renovación social, cuando tanto se necesita poseer un luminoso ideal y contar con las tristes asperezas de la realidad, escribir una utopía, es dar al pueblo por bandera una sombra.

CAPITULO XIX.

LOS GRANDES CRÍMENES.

La historia contemporánea no presenta en sus anales año tan funesto como el año de 1870. Cada vez que la memoria se convierte á sus recuerdos, se estremece de dolor el corazón. Necesitábase la elocuencia de Bossuet para trazar esta fúnebre epopeya en que resuenan por todas partes los cánticos apocalípticos de los ángeles esterminadores mensajeros de las venganzas celestes.

Abrese en el proceso del asesino Troppman, proceso iniciado en 28 de Diciembre de 1869. En las puertas de aquel París tan celado por la policía imperial, donde apenas era posible respirar á los que soñaban con la libertad; infame joven, aborto del infierno, extermina á una familia entera, á débil mujer, á pobres niños, para quedarse con su mezquina hacienda. Y sin que tanto esbirro lo sepa, puede llevarlos en coche de alquiler á un huerto de Pantin, descenderlos uno á uno, herirlos con sus instrumentos de matanza, rematarlos, enterrándolos en grandes hoyos durante toda una horrible y siniestra noche de tormentas. Parecía que el cielo trataba de

llenar con horrores excepcionales el comienzo de este año de horror. Así los ánimos estaban entristecidos, apenados cual si presintieran la catástrofe. Sólo un hombre había verdaderamente risueño en la tristeza universal, Emilio Ollivier. Acababa de fundar su Imperio liberal, de componer su ministerio parlamentario, y se sonreía á la esperanza de una reconciliación segura entre la democracia y el César. No contaba con que su política sólo podía afirmarse en la paz, y con que la naturaleza del cesarismo, naturaleza de fiera de los bosques, lo llevaba indefectiblemente á la guerra. Al ver los antiguos doctrinarios desertar de la monarquía de Luis Felipe; el austero Guizot pasar á ser su cortesano; Thiers vacilando; Paradol admitiendo una embajada; imaginaba hecho el milagro, convertida la dictadura cesarista en monarquía á la inglesa. ¡Inocente!

Corría el 10 de Enero de 1870. El Cuerpo Legislativo estaba lleno de bote en bote. El Profeta de la nueva monarquía liberal trataba de sus ideas, de sus ilusiones, de sus espe-

ranzas, con esa magia en el estilo y esa música en la voz que no bastaban á ocultar los sofismas del pensamiento. Discutían con él en liza abierta los dos grandes atletas de la palabra; Julio Favre que había opuesto á su discurso razones de sentimiento, y Leon Gambetta que le ha opuesto razones de convicción y de ciencia. El primero recordaba al ministro del Imperio sus mocedades; la austera figura de su padre perseguido por demócrata; el cadáver de su joven hermano muerto en duelo por defender la República; los discursos y las palabras de otros días de fé y de esperanza; los votos merecidos á una ciudad tan avanzada como París y sólo alcanzados por un juramento de odio eterno al Imperio y por una promesa solemne de reivindicar la forma de gobierno asesinada en la noche eternamente luctuosa del Dos de Diciembre. Y el segundo decía bien claro y bien alto que si con él se quería contar para concluir el matrimonio de la libertad con el Imperio, se engañaban; porque él creía el sufragio universal y la libertad incompatibles con toda casta imperial y con todo principio hereditario.

Sonreíase desdeñosamente Ollivier, y tornaba á sus afirmaciones, á su programa, á su empeño de alianza entre el Imperio y la democracia sostenido por su propia vanidad, y por su dócil mayoría que lo trasportaban al colmo de la ventura. Todo le parecía en aquel momento, á los nueve días de poder, teñido con los matices rosáceos de sus ilusiones y de sus esperanzas, y todo le engañaba. Aun no estaba terminada la sesión cuando horrible noticia se divulga por todas partes: un Bonaparte, un príncipe de la sangre, un miembro de la familia imperial, de la dinastía cesárea, acaba de asesinar á un hombre, á un ciudadano, á un joven en la flor de su edad, á un escritor en los comienzos de su carrera y de su gloria. ¡Qué inmensa desgracia!

¿Y cómo sobrevino? El príncipe, primo

hermano del Emperador Napoleon, habitaba en Auteuill, en pueblo de los barrios extremos de París, á las puertas del bosque de Boulogne, modesta quinta en compañía de su familia. Había indudablemente en este personaje algo de siniestro, de extraño; y más que un hombre real, perteniente á la historia, parecía el héroe y el protagonista de fantástica leyenda. Imaginaos un caballero feudal de la Edad Media, engendrado en los carros de guerra, nacido en las batallas, criado al calor del incendio y entre los horrores de la matanza; cuya infancia es ya el ejercicio de la pelea, cuya juventud es tragedia espantable de lances amorosos y puñaladas secas; que ha pasado de los castillos á las cárceles; y que ha ido por el mundo entero dejando tras de sí una nube de humo y un rastro de sangre como el demonio de las tradiciones católicas; imagináoslo, juguete de todas las tempestades, víctima de todas las pasiones, protagonista de todas las aventuras; soldado que no ha podido alcanzar el laurel de la gloria; tribuno que no ha podido gustar el embriagante licor de la popularidad; príncipe que no ha podido ceñirse una corona ni sentarse en el dintel de los tronos ocupados por los suyos; imaginaos la naturaleza más ardiente, la imaginación más febril, la inteligencia más ciega, la voluntad más arbitraria, el carácter más impetuoso, el orgullo más satánico, y tendreis idea del príncipe que se había desvanecido en la memoria general como una sombra para reaparecer como un desalmado asesino.

Los habitantes de Auteuill recordaban su casa envuelta en el misterio, sus paseos solitarios, su faz vulgar, sus ojos siniestros, su sonrisa amarga, su mal humor nunca reprimido, sus historias tétricas contadas algunas veces con verdadera voluptuosidad de memoria á los vecinos que habían podido abrirse paso hasta aquel hogar habitado por una ambición sin esperanza. El príncipe estaba en desgracia por una buena acción que debe con-

tar ampliamente quien no tiene empeño en calumniar ni ennegrecer la naturaleza humana. Había tenido amores con una modesta muchacha, hija de honrado ebanista del barrio de San Antonio, y en ella algunos hijos que quiso legitimar solemnemente. A este fin se dirigió al Emperador Napoleon, y es curiosa, curiosísima la correspondencia cambiada con este motivo entre los dos Bonapartes. «Séame permitido, exclamaba el príncipe Pedro pidiendo permiso á su primo para casarse, una penosa reflexión: La situación excepcional que el Estatuto impone á los miembros de la familia de los Bonapartes me castiga con una especie de interdicción de los derechos civiles y políticos. Estoy herido de una inhabilitación, y de una forzosa renuncia al servicio de V. M. y del país. El cumplimiento de los votos más legítimos y de los deberes más sagrados encuentra insuperables obstáculos. ¡Y sin compensación suficiente! Plantear estas cuestiones equivale á persuadirse de que serán atendidas y consideradas, si no falta V. M. al gran concepto que siempre he tenido de la grandeza de su alma.»

El Emperador se negaba á conceder el permiso deseado para el casamiento. Y el príncipe Pedro le respondió: «Fallo de todo crédito, de toda participación en los negocios públicos, de toda probabilidad de mejorar mi estado, espero por lo ménos que V. M. venga en mi socorro. Si quisierais, Señor, comprarme mis tierras de Córcega, podría yo completar mi modesto establecimiento en los Ardenes. Mis tierras son muy buenas para establecer en ellas una granja-modelo, un cuartel de gendarmes, ó cualquier otro público edificio. Debo sacarlas á la venta, y no creo hacer un gran negocio, si V. M. no se presta á mi demanda.»

El Emperador le contestó á todo negativamente. «No puedo, por mucho que me duela, acceder á vuestras súplicas. Hay consideraciones que se oponen á la legitimación de vuestros hijos, y consideraciones que se opo-

nen á la celebración del matrimonio que habeis pensado contraer. Cuando se tiene el honor de llevar vuestro nombre, hay conveniencias que no se pueden desconocer. Las incomodidades que os imponen, no vienen á ser, despues de todo, sino la débil compensación de ventajas por todos envidiadas, y á las cuales supongo no pensareis renunciar. Siento mucho la imposibilidad en que me hallo de adquirir los bienes que poseeis en Córcega y que deseais enagenar. Estas propiedades no pueden servirme de ninguna utilidad y me acarrearían nuevos gastos. Mi presupuesto está harto cargado para imponerle nuevos sacrificios.»

«Señor, decía el príncipe Pedro, no puedo dejar sin respuesta la carta de V. M. Creo firmemente que faltaría á todas las conveniencias faltando al deber sagrado de legitimar á mis hijos y de contraer matrimonio con su madre, de modesta cuna, pero de intachable vida. No sé bien cuáles son las ventajas que V. M. cree envidiadas de todo el mundo. Si se trata de títulos que no son aquellos que me debe el Imperio, y que no van acompañados de las ventajas materiales en armonía con ellos, no les doy ningun valor, y voté su supresión cuando tuve el honor de sentarme en la Asamblea constituyente. Si se trata de mi nombre, solamente lo debo á mi cuna y á mi padre, que en verdad no me ha dado ejemplo alguno que me obligue á faltar á mis sentimientos. Si se trata de la pensión que V. M. me entrega, no representa sino una débil parte de los bienes de que los Borbones nos han privado por un despojo inicuo, para servirme de las mismas expresiones de un documento oficial emanado de V. M. que tengo entre las manos. Para concluir, Señor, suceda lo que quiera, no faltaré al deber paternal. Y si es necesario, yo, que durante cuatro años pasados en la representación nacional, jamás depuse un voto, un solo voto contrario á la libertad de los demás, tomaré el camino del destierro y pediré am-